Mis Zapatos

Inspirado en "Piececitos"

Seudónimo: Blanca Isabel

– ¡Mateo! – gritó Simón corriendo hacia el patio – Apúrate que nos vamos a quedar atrás.

Mateo dejó su lápiz en la mesa y salió del salón lo más rápido que pudo.

El colegio estaba ubicado al lado de una hermosa pradera media abandonada, donde la hierba, seca y rubia, cubría a los niños hasta la cabeza sin necesidad de agacharse. Estaba rodeado de inmensos álamos que separaban el terreno de los campos vecinos. El edificio se situaba justo al lado del camino, dejando el resto del terreno libre, casi sin usar. Era nada más que una casona de un piso, con cuatro pasillos que se extendían formando un cuadrado alrededor de un patio interior. En el centro del patio destacaba una fuente pequeña, hecha de piedra y con forma de ángel, se rumoraba entre los niños que alguna vez tiempo atrás, el ángel había sido uno de ellos, pero que Dios tenía mejores planes para él y decidió convertirlo en piedra para cumplir deseos y cuidar el colegio. Probablemente había sido un invento del cura del pueblo, para que los niños se sintieran guiados y protegidos, pero aún así al verlo fijamente podía uno sentir una fuerza mayor inexplicable.

Este establecimiento educacional era el único del pueblo y tenía pocos cursos que crecían junto con los estudiantes. Mateo tenía 9 años, era uno de los más pequeños en su salón, pues Simón, por ejemplo, tenía 11.

Todos los recreos los pasaban en el patio, inventando juegos y escapando de su realidad, piratas, viajeros, incluso a veces, les ganaba la ambición y jugaban a estar en el mundo empresarial y ser hombres con corbata y mucho dinero. O bien, jugaban a las escondidas hasta que el profesor tocara la campana. Hoy era uno de esos días, por eso Simón no quería llegar tarde, al último siempre le tocaba buscar.

– Mateo, es tu turno, comienza a contar – Dijo uno de los niños mientras se alejaba riendo, con su escondite ya en mente.

La mirada de Simón transmitía con lástima un claro “te lo advertí”.

Todos los niños corrieron por los pastizales hacia la misma dirección, el terreno pedregoso que había junto al río, el cual se ubicaba paralelo al camino, en lo más profundo de la propiedad.

Mateo contó tres veces hasta diez y salió en busca de sus compañeros sin mucha emoción. Él, ya sabía donde todos se encontraban, llegó al río en poco tiempo y con mucho dolor atravesó el terreno, lleno de pequeñas rocas afiladas y otras que eran inmensas, casi doblando su tamaño. Y así, comenzó a encontrarlos uno por uno detrás de las más grandes. No fue difícil, ya que todos se reían y se asomaban para verlo. Era una burla hacia Mateo, ya que él no tenía zapatos, no porque no le gustaran, simplemente no poseía ningún par.

La última vez que los había usado había sido el invierno pasado, pero esos ya le quedaban muy chicos y se los había pasado a su hermana pequeña. A él solo le tocaba esperar hasta que su hermano grande no le quedaran los suyos, se comprara otro par y los antiguos se los pasara a su otro hermano, y este al otro y así hasta que algún par le llegara a Mateo, cruzando los dedos de que fuera antes del invierno. Él tenía ocho hermanos, todos hombres y más grandes, excepto por su hermanita llamada Luz quien tenía tres años.

Mateo caminó hacia su casa reflexionando sobre sus pies todos heridos y lo injusto que era no tener zapatos, él se merecía unos, él se merecía los mejores zapatos. Pensó un poco más y se decidió a conversar con su madre al respecto. Esto nunca había sido tema en su casa, o en el colegio, Mateo aparecía uno que otro mes descalzo y a nadie le importaba, ni parecían notarlo, solo sus compañeros quienes lo tomaban como excusa para burlarse.

–¡Mamá! – gritó entrando en la casa, dejó sus libros en una mesa y se puso a buscarla por todas las habitaciones, hasta que por fin la encontró en la cocina

pelando papas muy concentradamente. De fondo, como todos los días, se escuchaban gritos indistinguibles de sus hermanos jugando o discutiendo.

– Mamá, ¿te puedo hacer una pregunta? – pero ella no contestó, ni se dignó a mirarlo, solo siguió pelando papas.

– ¿Por qué no puedo tener zapatos?

Ella parecía a punto de contestar, pero Tomás la interrumpió. Le dijo algo de los zorros y la cerca de las gallinas, ella le respondió y luego su hermano mayor se marchó.

– ¿Por qué no puedo tener zapatos? – Insistió.

– Ayúdame a poner la mesa – dijo su madre pasándole unos platos.

Pero Mateo no se iba a rendir – ¿Por qué no puedo tener zapatos?

– Mejor lávate las manos antes de tocar los cubiertos – siguió su madre.

Impaciente soltó los platos y los dejó caer al piso, rompiéndose en pedazos.

Su madre, con una expresión indiferente, pero con unos ojos imponentes, por fin lo miró.

– Recógelos antes de que tu hermana se accidente.

Salió corriendo hacia el camino. Mateo nunca se había sentido tan frustrado, es verdad que su madre no le prestaba mucha atención, o que nunca había sido especialmente afectuosa con él o con cualquiera que no fuera Tomás o Luz. Pero también es verdad que nunca había sentido tanto interés por un tema: él quería zapatos y no iba a parar hasta conseguirlos.

Llegó hasta el pueblo y comenzó a observar a su alrededor, buscando una solución. Su mirada se detuvo en un niño un poco más grande que él, quizá de unos 13 o 14 años, que vendía en la vereda dulces, mermelada y pan, entre otras cosas. Mateo nunca lo había visto en el colegio, lo que significaba que no estudiaba, se dedicaba a trabajar. Y no como él lo hacía, arar la tierra o sembrar en el campo de su tío, sino que esto era trabajo pagado. Entonces se le ocurrió.

“Voy a trabajar para comprarme mis propios zapatos”.

Al día siguiente en el colegio le preguntó a su profesor cómo podía emprender su propio negocio y este le hizo algunas preguntas.

– Bueno Mateo depende de lo que quieres vender u ofrecer a la gente.

Mateo miró a su alrededor y vio a una compañera comiéndose un pan con mermelada y contestó felizmente.

– Quiero vender mermelada.

Y así lo hizo, con ayuda de su abuela cocinó los primeros tarros. Primero recolectó los duraznos de los árboles del camino, de su casa y de la casa de Simón. Por suerte era verano, así que había abundantes cantidades en cada duraznero y estaban todos bien maduros y dulces. Luego los cocinó, agregó azúcar y sirvió en tarros de distintos tamaños y formas que estuvo guardando de todas partes.

Y así creó su negocio: “Las mermeladas de Mateo”. Fue impresionante la cantidad de tarros que vendía por las tardes en el pueblo, incluso tenía promociones donde al devolver los envases uno pagaba menos. Poco a poco fue recolectando su dinero, todo esto a escondidas de su madre, que tampoco era como si fuera a darse cuenta.

Todo iba de maravillas hasta que un día en el colegio Mateo iba caminando por el pasillo y vio a Tomás hablando con el director en su oficina, su hermano ni siquiera había tomado asiento, se veían ambos muy preocupados y serios.

– Mateo – dijo el director apenas lo vio – ven un momento, por favor.

Cuando entró en la oficina, el director se fue cerrando la puerta detrás de él – voy por el resto de sus hermanos.

–Mateo... siéntate un poco – Tomás parecía nervioso. Y pronto comenzó a explicar lo que estaba sucediendo, lo hizo con una delicadeza que Mateo nunca había visto de su hermano mayor, con gestos suaves y una voz vulnerable – Luz está en la ciudad... en el hospital, esta mañana se ha desmayado y no ha vuelto a despertar, así que tuvieron que llevársela, nadie sabe cuál es su situación, o si va a.... – Se interrumpió a sí mismo, era mejor no pensar en eso todavía – yo voy camino a verla, pero te tendrás que quedar acá con el resto, vuelvo mañana. ¿Me prometes que vas a ser valiente?

Mateo asintió y salió al patio interior rodeado por las salas, se sentó frente a el ángel y lo miró. Estuvo ahí mucho rato, sobrecogido, desconcertado y confundido. Simón lo había ido a acompañar por un rato, pero hasta él se había ido. Mateo se preguntaba qué sentido tenía la vida si cosas como estas pasaban. Para qué se esforzaba tanto en conseguir algo que al final del día no importaba, porque su hermana estaba enferma. Entonces miró sus pies, dolidos, sucios, llenos de heridas y callos. A nadie le importaban sus pies, nadie nunca tomaba en cuenta sus malestares, entonces mirando el ángel, una estatua imponente, tierna y sabia, pensó.

“Tal vez Dios tenga un mejor plan para mí que unos zapatos”

Corrió hasta su casa y buscó entre sus cajones una cajita con el dinero que había ahorrado para su calzado, lo contó, no era mucho, pero de seguro hacía una diferencia, pensó. Pidió transporte a un vecino del pueblo que se dirigía a la ciudad y así llegó hasta su hermana. Al entrar en la sala de espera su madre se enfureció, pero con solo verlo comprendió lo que Mateo pretendía y corrió a abrazarlo. Entonces él dejó caer la cajita y soltó una lágrima que pronto se transformó en un

llanto profundo, el cual nunca había experimentado antes. Y ahí se quedó, un largo rato, en los brazos de su madre.

El río corría con fuerza mojando las rocas, un fuerte viento de verano movía los álamos que se levantaban más fuertes y verdes que nunca, la sombra de las nubes, esponjosas y blancas se reflejaban en el pasto. Entonces, Mateo caminaba descalzo por el camino árido, dando pasos lentos y suaves sobre la tierra. Y al costado del camino, así como en su mano, se posaban hermosos nardos, del aroma más dulce y envolvente que existen, le inundaban la nariz. Crecían enormes, con sus tallos largos y erguidos, con sus flores pequeñas y blancas, y sus pétalos suaves y carnosos.

Nardo: En hebreo la palabra nardo significa "luz".